



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III 26 de abril de 1890 Núm. 130



Una excelente carroza
y un tiro que es lo que hay que ver.
¡Arre! ¡No hay cuidado á vuelcos!
¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Eh, eh, eh!

UN RATO DE CHARLA

ME permitiréis que hoy me calle como un muerto, jurándoos que nada perderéis en ello. Es tan importante el artículo que sigue á continuación, su autor *Kasabal*, que nunca os lo recomendaré bastante. Está tomado de *El Resumen*. Leed, pues.

LOS TRAJES DE LOS NIÑOS

Los grandes bazares de París, que promulgan los decretos de la moda que acata toda Europa y gran parte de América, han inaugurado estos días la venta de trajes para niños en primavera y verano.

Los catálogos que describen esos trajes continúan hablando de los sacos y blusas de encaje, de las anchas bandas de *moiré*, de las medias y calcetines de seda y de los complicados sombreros que vienen formando hace tiempo parte de la indumentaria infantil.

La industria, explotando el amor de las madres, ha recargado los trajes de los hijos: hoy se visten los niños como querubines, pero como querubines que cuestan mucho dinero. Y no es lo malo que hacen gastar, con ser este un punto muy importante, sino que con estas costumbres y este lujo se despierta muy pronto la vanidad en los corazones de que se debían alejar con exquisito cuidado todos los gérmenes de pasión.

Un solo anhelo anima á las madres en lo que se refiere á los trajes de sus hijos: hacer que éstos estén muy bonitos, aunque se falte á la higiene, á la economía y á la razón. Los niños con el flequillo hasta las cejas, con las melenas largas y rizadas cayendo en bucles sobre los hombros, están monísimos y parecen los pajecillos que siguen en los cuentos de hadas á las princesas.

Pero ¿es sano llevarlos así? No hay más que fijarse en los semblantes pálidos de las pobres criaturas para hallar la respuesta; no hay más que tener en cuenta la cumplida labor á que se les somete para llegar al estético resultado. La caliente tenacilla tiene que completar y rectificar la obra de la Naturaleza para hacer más graciosa la onda, más ahuecado el bucle, más mono el ricillo; y mientras el hierro, el peine y la bandolina, hábilmente manejados, se entregan á esta labor, el niño, que es movimiento, actividad, vida, tiene que estar quieto, muy quieto, sufriendo un verdadero martirio.

Hay madres tan ciegas en su amor y en su vanidad, que llegan á pintar los cabellos de sus hijos para que tengan un matiz más igual y delicado.

En los trajes se observa igual absurdo: la felpa, el terciopelo, la seda, las telas más costosas y ricas, se emplean en los trajes de los niños, y hay mocosa que al llegar á los seis años ha gastado ya un caudal en encajes.

¡Qué lejos estamos de la santa muselina, de los sencillos trajes de percal ó de piqué, de los zapatos de charol con un botón y de las pamelas sencillísimas de paja como todo lujo, que se usaban cuando éramos niños los que hoy somos viejos!

La moda ha arrinconado todo esto por sencillo y nos ha traído las medias de seda sin costura, las botitas de raso, los guantes á todas horas y los sombreros recargados de lazos, de flores y de plumas.

Cualquier muchachillo que acaba de andar á gatas gasta hoy tanto en vestirse, si ha de seguir la moda, como el autor de sus días. ¡Y vaya Vd. luego á arreglarles á estos niños, así acostumbrados, la chaqueta que se le ha quedado corta al hermano mayor ó el pantalón que ha desechado el señor padre, como se hacía antiguamente; que el mozalbete protestará con indignación y reclamará el *smocking* mientras llega el frac, y querrá todas las estaciones su trajecito nuevo y flamante!

Las madres no saben lo que se hacen cuando, rindiendo culto á la moda, aceptan para sus hijos el lujo que hoy se estila. La infancia tiene sus mejores atractivos en sus encantos naturales, y para los trajes de los niños lo que principalmente se debe tener en cuenta es que sean cómodos, higiénicos, sencillos y baratos; de telas que se puedan lavar fácilmente para que estén siempre limpios, de formas que no opriman ni atormenten el cuerpo para que resulten sanos.

¿No da pena ver correr por el Prado á chiquillas con traje de raso ó de *peluche*, que á lo mejor se dejan un trozo de costoso encaje entre los hierros de una silla? ¿No es cómico que ni siquiera para correr, para dar á la comba ó para jugar al aro, dejen los guantes que llegan hasta el codo? Así se hacen unas marisabidillas que prefieren pasear para lucirse que jugar para divertirse; así adquieren humos y miran con desdén á las que no van tan elegantes como ellas.

El exceso del lujo tiene muchos inconvenientes, pero éstos son mayores cuando se trata de los niños, á los que se hace adquirir hábitos que luego, cuando crezcan, les han de costar muchos sinsabores. Con eso se forman las generaciones de muñecas insustanciales y de sietemesinos tontos que constituyen una verdadera calamidad.

Nada de raso ni de terciopelo para los chicos; zapatos fuertes y baratos para que puedan correr mucho y gastar poco; blusas holgadas de algodón ó de hilo; el pelo, cuanto más rapado, mejor; para las medias nada de seda, que cuesta un sentido y dura muy poco.

¡Poco bonitas que eran las medias de listas azules y blancas que con muy poco coste se hacían en casa y se gastaban en mi tiempo!

A los chicos se les echa á perder con esos lujos y se les convierte en titiriteros. Hay hoy también demasiado afeminamiento en los trajes de los muchachos, que ya no gastan borceguíes como gastaron sus abuelos, y que casi, hasta que van á hacer la primera comunión, los llevan con *mallut*, sayas y melenas largas como á las chicas.

La mejor hermosura de los niños es la salud; y luego, que los maridos y los padres no pueden, por mucho que se afanen, ganar tanto como se necesita para sostener ese lujo de las señoras y de los niños.

Creo no os habrá pesado la lectura.

Vuestro afectísimo,

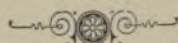
ANTOÑITO





VENUS Y ADONIS

¡Vaya si son hermosos
esos esposos!
¡Mire usted que ella...!
¡Mire usted que él...!
¡Linda doncella!
¡Bello doncel!



ORIGEN DE LAS PATATAS

EL tema os parecerá tal vez vulgar y poco simpático, pero es preciso enlazar en esta revista lo práctico con lo bello, lo útil con lo superficial y ameno. Las lecturas dedicadas á los niños, por lo dulzonas é inocentes, resultan por regla general deficientes y de ninguna utilidad, y así debe considerarlo la Dirección General de Instrucción Pública cuando acaba de convocar un certamen para premiar las cartillas y libros de lectura de mayor mérito y utilidad con aplicación á la enseñanza elemental.

Estos deberán necesariamente contener, además de las frases, máximas y párrafos que se consideren necesarios para preparar la educación moral de los niños, otros relativos á los beneficios de la agricultura, protección á los animales útiles, mejora del cultivo, y los demás que se encaminen á combatir la rutina y á fomentar el progreso agrícola y que estén al alcance de la inteligencia de los niños á que se dedican tales libros.

La idea es loable y digna de aplauso, siendo sólo de desear que las obras respondan á ella, único medio de acabar con ese hato de majaderías insustanciales que componen los primeros libros de nuestras lecturas. *Utilidad*: esto es lo que hace falta. Lo demás es humo de paja, lo más á propósito para asfixiar vuestra inteligencia.



Volviendo, pues, al tema que sirve de epígrafe á estas líneas, os diré que las patatas fueron importadas por vez primera á Europa de las partes montañosas de la América Meridional en las inmediaciones de Quito, en donde la llaman *papa*; y como los españoles eran los únicos señores de este país, no

TAL PARA CUAL

- Señor doctor, yo no me encuentro
[bien.]
—Don Homobono, tiene usted razón.
—¿Qué tengo, pues? ¿Mi enfermedad es
[grave?]
—Tiene usted una terrible indigestión.



cabe dudar que ellos llevarían la patata á España. De manera que puede asegurarse que esta planta fué conocida primero en nuestro país que en el resto de Europa, si bien no se fomentó su cultivo hasta mucho después que lo hicieron algunos pueblos del Norte.

Durante dos siglos, tan sólo como objeto de curiosidad se cultivó la patata en algunos jardines; pero habiendo llegado á conocerse por medio de útiles estudios las grandes ventajas que podían sacarse de ese tubérculo subterráneo, que en su desarrollo se halla á cubierto de las vicisitudes é inconstancias de los elementos, fué cuando se cuidó preferentemente su cultivo, extendiéndolo y propagándose de una manera rapidísima.

Como no podía menos de ser, su uso tuvo tremendos detractores, apoyándose los que combatían su empleo en que, siendo de la familia de los solanos, debía ser venenosa por precisión. Tal idea contuvo su desarrollo, aumentando la preocupación de los profanos, fáciles siempre á amparar como bueno lo más estruendoso y lo que más se separa de lo natural.

Ni Francia, á pesar de sus tendencias siempre avanzadas, pudo sustraerse á la general preocupación; y tanto fué así que en una reunión particular, al irse á votar á M. Parmentier como á presidente de la Junta, algunos individuos se opusieron resueltamente á su elección, aduciendo como el más agravante de los cargos que era Parmentier el inventor de las patatas.

Inventor precisamente no lo era: tal dictado correspondía de derecho á la madre Naturaleza. Lo que sí hizo Parmentier, con sus estudios y su constancia, fué lograr que se extendiera por toda la Francia el cultivo de dicho vegetal, demostrando con una serie de experimentos irrefutables que ninguna de las propiedades dañinas de la familia solana se encontraba en la patata, la cual era, por otra parte, susceptible de ser cultivada en toda suerte de climas y te-



JHNO

¿Habrás visto estrambote?
 Dos caras tiene el señor:
 una encima del cogote
 y otra en la parte anterior.

rrenos. Al efecto pidió y obtuvo del Gobierno francés la concesión de una extensa llanura, hasta entonces inculta, para ensayar el cultivo de la desdeñada planta; y si no pudo alcanzar del rey que al igual que el emperador de la China trazara el primer surco para la inauguración de las plantaciones, debióle, en cambio, todo su apoyo y favor, hasta el extremo de que, un día de gran fiesta en la corte, el rey adornara el ojal de su bordada casaca con un ramito de flores de patata, atención que agradeció en extremo su infatigable propagandista.

Protegidas por el favor real, el Gobierno envió patatas á todos los departamentos de Francia; y tan feliz resultado dieron las primeras plantaciones, que el público, refractario hasta entonces á su cultivo, rindiendo un tributo de gratitud á su importador las bautizó con el nombre de *Solano Parmentier*.

A más de servir la patata de alimento tanto para los hombres como para los animales, las artes sacan de ella provechos de consideración, debiéndole la industria vinícola su éxito más decisivo, pues al igual que el alcohol de arroz, el de patata es un auxiliar de primera clase para la composición de vinos y licores.

En 1809, D. Eloy Valenzuela, cura de un pequeño pueblo de Nueva Granada en el Perú, descubrió una nueva patata, á la que se ha dado el nombre de *Solanum papa*. Decandole, que fué el primero que tuvo conocimiento de este descubrimiento en Europa, propuso que se la llamara *Solanum Valenzuela* en justo obsequio á su modesto descubridor.

BENJAMÍN



LAS CAMPANAS

No se sabe de un modo positivo quién fué el verdadero inventor de las campanas, porque acerca del particular no están acordes los arqueólogos que han tratado de averiguarlo; pero si mi opinión es digna de tomarse en cuenta, yo creo que debió haber sido un sordo para tormento de los que tienen buenos oídos.

Fuera quien fuese, se conoce que el autor no era rana, y que con su invención consiguió lo que en el mundo logran pocos sin un escándalo mayúsculo, esto es, dar una *campanada*.

Por supuesto, metafóricamente hablando; pues desde los egipcios, que según la tradición fueron los primeros que hicieron uso de las campanas, hasta nuestros días que tanto se abusa de ellas, son innumerables las campanadas que materialmente en el mundo se han dado.

¡Y las que se seguirán dando, si Dios no lo remedia!

Los autores antiguos proporcionan curiosos pormenores acerca del particular.

Plinio habla de la tumba de un rey de Toscana que estaba rodeada de campanas.

Por lo visto el difunto debió ser hombre de *muchas campanillas*.

Estrabón dice que en su tiempo se abría el mercado público á son de campana.

Lo mismo que en el nuestro, que, á una señal de la misma dada por el jefe de la estación, parten los trenes para su destino.

En Roma se indicaba la hora del baño por medio de unos campanillazos.

En nuestra época se indica en las fondas la hora de comer por el mismo sistema.

Las campanas, dedicadas en la antigüedad á usos profanos, fueron adoptadas por San Paulino, obispo de Nola, para el culto cristiano.

Desde entonces su uso se fué generalizando en las iglesias, y rara fué la catedral ó abadía levantada por el espíritu eminentemente religioso de la edad media que no tuviera sus campanarios.

En el siglo VII se introdujo la costumbre de bendecir las campanas. Al principio sólo estaban autorizados para ello los obispos, pero con el tiempo dicho privilegio cayó en desuso y sustituyeron á los prelados en el ejercicio de esta poética ceremonia los individuos del bajo clero.

La campana más célebre del mundo, por sus colosales dimensiones, es la de San Ivan en Moscou. Según un escritor de aquel país, pesa ciento catorce mil libras y no se toca más que en las grandes solemnidades. Otra famosa campana existe en la misma ciudad, que por sus dimensiones nunca han tratado los rusos de colocarla en la cúspide de una torre. Pesa dicha campana



El agua es clara;
fondo, tres palmos.
¡Al agua, chicos!
¡Al agua, patos!

cuatrocientas treinta mil libras, y fué fundida en el foso (donde todavía permanece) que hay en el centro del palacio del Kremlin.

España es una de las naciones católicas que más riqueza de campanas posee. Desde la grandiosa campana de la catedral de Toledo hasta el pobre esquilón de la más humilde ermita, no hay en nuestro país templo cristiano sin campanas. De las ciudades españolas, ninguna como Valencia cuenta con tanto número. Los hijos de ésta, es tal la afición que á las campanas tenemos, que no concebimos fiestas sin el estruendoso ruido de un vuelo general de las mismas. Se necesita haber nacido en aquella ciudad meridional para comprender la animación que le prestan las campanas en las más solemnes festividades. Como que los valencianos expresamos en una frase gráfica el mal efecto que nos produce cualquiera función sin los armoniosos acentos de las cien lenguas de metal de los templos: parécenos, decimos, un entierro á oscuras.

Las campanas, como todas las cosas, han tenido y siguen teniendo sus destructores. Sin embargo, es preciso ser refractario á toda idea moral ó religiosa para condenarlas en absoluto. Como que las campanas, lo mismo que la música, expresan los más encontrados sentimientos. No son sólo la voz de la religión: son también la voz de la patria. Si en los días clásicos de la Iglesia regocijan nuestro ánimo con sus alegres repiques, y al caer de la tarde sus melancólicos sonidos infunden en nuestro ánimo tristeza haciéndonos recordar á los muertos; cuando la independencia nacional pelagra amenazada por el extranjero, los ruidosos ecos de las campanas tocando á *somatén*, volando de valle en valle y de roca en roca, son el grito de alarma que llama á los pueblos á levantarse en armas contra el invasor.

Muchos de los sangrientos sucesos que registra la historia fueron iniciados á la voz de las campanas. Entre éstos son dignas de citarse las famosas Vísperas Sicilianas, la sublevación de Masaniello y la triste noche de San Bartolomé, tan fatal para los hugonotes.

A los ecos de la célebre campana de la Unión se reunían los patriotas valencianos que se oponían á los designios políticos de D. Pedro IV, el *del Punyalet*. Vencida la Unión, el sanguinario monarca se vengó de ella haciendo beber por mano del verdugo á los principales jefes de la conjura el bronce derretido de la campana. Fué éste un hecho brutal, indigno de los genero-

Un guerrero, un ermitaño,
un rey mago, una vestal;
buen cuarteto cuando llegue
el próximo Carnaval.



esos sentimientos de un alma noble, pero muy propio, por otra parte, de la época en que ocurrió. Esta consideración es la que atenúa, ante el juicio del historiador, la bárbara conducta de aquel rey.

Tienen tanta poesía para los seres soñadores los armoniosos sonidos de las campanas, que raro es el poeta romántico que no las haya cantado. Schiller les dedicó una de sus mejores composiciones, y Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, uno de sus mas interesantes capítulos. Por su parte, Rosalía de Castro, refiriéndose á ellas, exclama:

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en aire y cielo!
¡qué silencio en las iglesias!
¡qué extrañeza entre los muertos!

Es verdad: una campana doblando á muerto habla un lenguaje misterioso, que sólo las almas creyentes pueden comprender. No me sorprende que la ilustre poetisa gallega opine que los muertos habían de extrañar el silencio de las campanas. Como que éstas son las lenguas de metal con que los difuntos se comunican con los vivos. ¡Quién no recuerda, al toque de la oración, á los seres amados que reposan en la tumba! También es la campana la voz del trabajo. Al son de ella entran los operarios en las fábricas y los niños en las escuelas. Por medio de campanadas se avisa en los teatros que van á empezar las representaciones y se da en las torres de los templos la voz de alarma en casos de incendio. Es más: es un instrumento tan útil que se emplea hasta en los usos domésticos. Lo mismo sirve para llamar á las habitaciones que para avisar á los criados que acudan á recibir nuestras órdenes.

Pero como el progreso todo lo reforma, la campana tiene un temible competidor que está destinado á sustituirla en los usos domésticos: el timbre eléctrico.

Hoy es rara la oficina pública que no tiene instalado este útil aparato.

A pesar de esto la campana no está destinada á desaparecer.

Mientras existan templos cristianos y almas creyentes, subsistirán las campanas.

Por lo que en todos tiempos será un alto funcionario el campanero: ¡como que ocupa un *elevado* sitio!

Mucho más elevado que el de su *colega* el presidente de las Cortes, que como él es hombre que está destinado á manejar campanas.

Y hago punto final, rogando á mis lectores tengan presentes cuantos curiosos datos he reunido en este artículo, para que no se diga de ellos que *han oído campanas y no saben dónde*.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

— NUESTROS GRABADOS —

Los niños de Suecia, Noruega y Dinamarca

(Conclusión)

Todas las clases en ambos países son industriosas; y si las jóvenes campesinas hilan y tejen, en cambio las señoritas hacen *crochet* ó ganchillo, dedicándose á otras diversas labores, principalmente á la confección de almohadillas y diversos adornos para los trajes de señora.

El día del santo de cada cual, el de los cumpleaños y la Navidad son las principales fiestas para la gente joven. En las dos primeras la mesa se cubre de siemprevivas, colocándose en ellas los ramos y presentes que se hacen al interesado. Algunas veces el favorecido lo encuentra ya todo perfectamente dispuesto al despertar.

Las tortas y pastas propias del día se toman con el café por la tarde, y entonces se sirve también una especie de pan dulce espolvoreado con azafrán, con las iniciales del niño. También se dan unas empanadas con azúcar. Hasta con el rigor del invierno los amigos llevan algunas flores como regalo.

Mucha importancia se da á las bendiciones de los ancianos. Así como en la *Biblia* vemos que Isaac bendijo á Jacob, así en Noruega el abuelo debe hacerlo con el niño que se le presenta (véase el grabado), y sin duda que las oraciones del hombre recto son oídas. La escena suele ser solemne, y rara vez la olvidan aquellos que una vez la han presenciado.

La fiesta de Navidad es la más celebrada del año, así por los ricos como por los pobres. Se limpian muy bien las casas, y hasta en las cabañas más reducidas se ponen cortinas, y en las mesas manteles muy limpios. Todos han trabajado algunas semanas antes en los preparativos, arreglando los regalos que se envían, á fin de que los donadores vean el aprecio que de ellos se hace. Muy pobre debe de ser aquel que no obtenga ningún donativo por Navidad.

En la mañana del día de la fiesta se celebra misa extraordinaria en todas

EL COLUMPIO

A la una, á las dos, á las tres!

¡Qué balanceo!

¡Vaya un vaivén!

¡Ladra, ladra, perrillo!

¡Ladra, pardiez!

—¡Qué bien estamos!

—¡Se está muy bien!

—¡Columpiémonos!

—¡Columpiéee...

No concluyó. ¡Ay, infelices!

El columpio se rompió,

dieron los dos de narices

y el perrillo se escapó.




las iglesias del campo, que por primera vez en todo el año iluminan con velas. Generalmente sucede que hay suficiente hielo para correr patines, y en este caso muchas familias preparan sus trineos y recorren una distancia de varias millas para ir á la iglesia, resonando con este motivo numerosas campanillas en todo el trayecto. Sin embargo, en los templos no se pone ornamento alguno, sin duda á causa del extremado frío y á causa de la escasez de siemprevivas. El decorado de Navidad en Suecia se reduce á los altos pinos cubiertos de nieve y á los abedules cargados de escarcha, entre los cuales se ven los lagos helados, sobre cuya tersa superficie deslízanse los trineos, y en la cual refléjase la luz de la luna, iluminando los vastos espacios en que el único soberano parece ser el hielo.

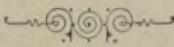
El día de Navidad los pobres comen pescado salado con una salsa especial, cerdo en salazón, arroz y tortas; mientras que los ricos se regalan con varios manjares delicados. Se hace fiesta, no solamente la Navidad, sino doce días después, y si se trabaja algo es muy poco. Todos los países del cristianismo celebran esta sagrada fiesta, y, cualesquiera que sean sus costumbres, lo hacen con reverencia y alegría.

Los arrendatarios y labradores observan una costumbre muy digna de elogio, porque es caritativa. En la mañana del día de Navidad la mujer de cada uno de ellos distribuye pan entre los pobres; mientras que el marido pone una medida de grano en sitio conveniente para las avecillas, que segu-





Los pobres poceros
 toman siempre baños
 bien contra su gusto,
 bien contra su agrado.
 Trabajo penoso,
 oficio harto ingrato.
 Los pobres poceros
 no hacen muchos años.



ramente disfrutan del día tan celebrado por el pobre, porque pueden comer cuanto quieren.

Los niños se distraen con muchos juegos muy semejantes á los que hay en otros países. También cantan coplas adecuadas al día, y tocan diversos instrumentos que sólo se fabrican expresamente para esas fiestas.

Los niños dinamarqueses se asemejan más á los de Inglaterra que los de ninguna otra nación continental, y en aquel país hay mucho interesante. Por lo que sabemos, el pueblo de Dinamarca es bondadoso y hospitalario. Los que han estado algún tiempo cerca de Copenhague, ó en la ciudad misma, conservan un buen recuerdo de ella.

Cuando se entra en una casa danesa de la clase media, obsérvase que todo está muy limpio y aseado. En la sala suele haber pinturas, álbums, libros y buenos muebles, pero no alfombra. Si la familia tiene hijos, por regla general están bien educados, y hablan por lo menos dos ó tres idiomas. La madre danesa es casi la esclava de sus hijos, y en lo primero que piensa para ellos es en la instrucción. Cuando juegan, durante las horas de recreo, la madre no los pierde tampoco de vista, para evitar cualquier percance.

Apenas tiene el niño seis años, se le hace ir á la escuela, y hasta á las niñas se les enseña muy pronto á leer, escribir y contar, cuidando sobre todo de inducirles en los más sanos principios de la religión. Cuando se envía á los niños al colegio, deben permanecer allí desde las nueve hasta las tres. Por la noche se han de acostar después de cenar y tomar el te.

Resulta de aquí que no les queda mucho tiempo para jugar, porque han de asistir al colegio y aprender sus lecciones; mas, al parecer, no les importa mucho que sean cortas sus horas de recreo.

Llegados los chicos á cierta edad, deben elegir profesión, cuando no se quedan en la misma casa de sus padres para ayudar á éstos en cuanto pueden. Las jóvenes no se apartan nunca del lado de la familia hasta que se casan.

Dinamarca es rica en cuentos y leyendas sobre duendes y fantasmas que llegan por la noche y complácense en hacer mil travesuras. Algunos de esos

Se descompuso
el timbre eléctrico;
y el buen lacayo,
todo perplejo,
con las narices
de á palmo y medio,
contempla atónito
el desperfecto.



espíritus, como los llaman, son á veces malos, y, según cierta creencia supersticiosa, cuando no se les trata bien se vengán.

Los daneses respetan mucho el pan, según parece, considerándole, no sin razón, como un donativo de Dios. Refiérese cierta leyenda, según la cual una joven que llevaba tres ó cuatro panes un día, llegó á un sitio donde había mucho barro. No podía pasar sin mancharse sus bonitos zapatos, y de consiguiente dejó los panes sobre el cieno y cruzó.

Pero ¿qué sucedió entonces? Apenas hubo pasado sobre los panes, éstos comenzaron á hundirse, hasta que ya no se vieron, y la muchacha fué absorbida por el barrizal en justo castigo de su falta.

En la primavera las muchachas van al bosque á oír cantar el cuclillo. Cuando ven uno se besan las manos para llamar la atención del ave, y la preguntan:—¿Cuándo nos casaremos?—El cuclillo emite sus notas varias veces, y el número de estas últimas indica el de los años que trascurrirán antes de contraer matrimonio. Así lo creen ellas al menos.

Cuando se pasa por Jutlandia, se ven generalmente las cigüeñas en la parte superior de las chimeneas, y respétaselas mucho, porque se cree que llevarán buena suerte á la casa.

Jutlandia es un país muy llano, que no ofrece ningún interés al que viaja por la línea férrea.

Los que visiten Copenhague verán en los jardines públicos una diversión que tal vez sería una novedad para los niños extranjeros. Nos referimos á la *montaña rusa*, que siempre se ha creído peculiar de Rusia. En Copenhague, sin embargo, este recreo es muy vulgar, y diríase que á los niños les agrada mucho.

Cuando los que quieren disfrutar de este recreo se acostumbran á la sensación que se experimenta al ser lanzado en el espacio, la montaña rusa les será muy agradable; pero á muchos no les produce buen efecto.

Cerca de Copenhague hay una estación balnearia llamada Klampenborg, donde á veces se reúnen muchos niños. No lejos de allí hállase el Parque de los Ciervos, encontrándose poco más allá el agradable pueblo de Skodsborg,

un paraíso para la infancia, rodeado de magníficos bosques, desde los cuales se divisa la azulada superficie de las aguas del Sound.

Los niños daneses tienen cerca de Copenhague muchos elementos para su distracción, y al parecer disfrutaban bien de ellos.

Los dinamarqueses educan á sus hijos hasta la edad de catorce años, pero después deben ayudar á sus padres. Son valerosos, de carácter independiente, y deben á su educación el respeto á sí propios, por lo cual no han de ir á un asilo público ó casa de beneficencia. Emplean bien su tiempo cuando son jóvenes, y después recogen los frutos de su laboriosidad.



¡DUERME!

Una noche triste y fría,
en calle estrecha y sombría,
junto al quicio de una puerta,
una pobre casi yerta
limosna por Dios pedía.

Roto estaba su mantón,
hambre y desesperación
en su faz se adivinaban,
y en el cielo se fijaban
sus ojos con aficción.

A su lado, sonriente,
se hallaba niño inocente
al que la pobre mendiga
á pesar de su fatiga
sujetaba fuertemente.

—No te apartes de mi lado;
acércate, bien amado:
mientras yo viva, hijo mío,
podrás resistir el frío
con mis harapos tapado.

¡Puede que la muerte venga!...
Pero mientras me mantenga
con vida, abrázate á mí
para poder darte así
todo el calor que yo tenga —

Dijo la pobre, y, rendida,

al suelo desfallecida
cayó como masa inerte.

¡En su ser iba la muerte
sustituyendo á la vida!

¡Oh! ¡Qué grupo, cielo santo!
Ajeno á todo quebranto,
sin sospechar su orfandad,
por costumbre, caridad
pedía el niño entretanto.

Gente cruzó cerca de ellos.
De un farol á los destellos
la vió el niño y avanzó.

—¡Un céntimo!—balbució
con llanto en sus ojos bellos.

¡Qué dicha! ¡De él se apiadaron!
Diez céntimos le entregaron.
¡Qué alegría sintió el niño
cuando con grato cariño
la moneda le alargaron!

A su madre llevó los
diez céntimos, que á los dos
pan iba á darles.—¡Mamita!—
dijo.—¡Duerme!... ¡Pobrecita!...

.....
¡Una limosna por Dios!

LUIS DE VAL



LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

No era Juan un muchacho fácil de descorazonar. Fué hacia las rocas, y, andando lentamente, detúvose en todas las piedras por donde pasaba cerca. Pronto llegó á un lugar en que gran número de obreros estaban ocupados en levantar rocas. Bajábanse y buscaban ávidamente en las cavidades. Juan se adelantó y preguntó si les podía ayudar.

—Sí puedes,—le dijo uno.—Justamente he dejado caer entre esos guijarros una piedra de cristal que he encontrado esta mañana.

—¿A qué se parece?—preguntó Juan.

—Es blanca como cristal,—respondió el obrero.

Juan buscaba cuidadosamente en el montón de piedras.

—Vamos,—dijo el obrero;—es inútil. No te fatigues tanto, muchacho.

—Dejadme mirar más aún,—replicó Juan.—No hay que desesperar tan pronto.

Y, después de haber buscado algunos instantes, encontró la piedra.

—Gracias,—dijo el obrero.—Eres un chico muy inteligente.

Animado Juan por el tono con que le hablaba aquel obrero, aventuró las mismas preguntas que había hecho á la anciana.

—Un buen servicio merece otro,—respondió el obrero.—Voy á comer. Interrumpo mi trabajo. Espérame aquí y puedo asegurarte que no habrás perdido el tiempo.

Mientras Juan esperaba el regreso del obrero, oyó que alguien, cerca de allí, daba un gran bostezo. Volvióse al punto, y vió tendido sobre el césped, cerca del río, á un mozo de su edad poco más ó menos, muy conocido en la aldea de Asthon con el nombre de Lorenzo el Perezoso; nombre que merecía, porque de la mañana á la noche se estaba mano sobre mano. No trabajaba ni jugaba. Su única ocupación consistía en estar echado, bostezar y dormir. Su padre era negociante en vinos, dado á la embriaguez, y no tenía tiempo para ocuparse en su hijo, que, dejado á sus anchas todo el día, iba saliendo muy



A ver si andas,
chiquirritito.
¡Ánimo, un paso!
¡Muy bien, amigo!



buena pieza. Algunos vecinos le compadecían porque tenía buen genio, pero otros recordaban, meneando la cabeza, que la pereza es la madre de todos los vicios.

—Lorenzo,—exclamó Juan viéndole echado sobre el césped;—¿duermes?

—Aun no.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿Qué buscas ahí?

—No sé. No encuentro á nadie para jugar. ¿Quieres jugar tú?

—No puedo: tengo que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?—dijo Lorenzo desperezándose.—Siempre tienes tú que hacer. No quisiera hallarme en tu lugar por nada del mundo.

—Y yo,—respondió Juan riendo,—no quisiera por nada del mundo no tener nada que hacer.

Y se separaron, porque el obrero acababa de llamar á Juan. Llevósele á su casa y le enseñó cierta cantidad de piedras que había recogido para venderlas, pero que no había tenido tiempo para escoger. Al punto puso manos á la obra: escogió las que juzgó más bonitas, las colocó en una cesta y las dió á Juan, á condición de que le entregaría la mitad del producto de la venta.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA